

## De política y poética: «Guerra en España», de Juan Ramón Jiménez

«España, mi flor suficiente.»

(J. R. J.)

Entre la gran cantidad de trabajos que vieron la luz con motivo del primer centenario del nacimiento del poeta de Moguer despertó un singular interés por lo rigurosamente inédito de su asunto, un artículo de Angel Crespo en la revista *Insula* (números 416-417; julio-agosto, 1981), titulado «*Guerra en España: la actitud política de Juan Ramón Jiménez*». En dicho artículo el excelente poeta y crítico daba noticia de la existencia en los archivadores de la Sala Zenobia-Juan Ramón del Recinto Universitario de Río Piedras de tres grandes sobres que recogían un proyecto de libro —uno de tantos en la labor incansable y gustosa de Juan Ramón—, cuyo título había de ser *Guerra en España* y que, ahora, enero de 1985, acaba de ver la luz tras un minucioso y sobresaliente quehacer del propio Angel Crespo<sup>1</sup>. De todos modos, ya en el invierno 1981-82 la magnífica revista *Poesía* había publicado en su número 13-14, bajo el título *Album*, cuarenta y tres páginas procedentes de los distintos álbumes en los que Juan Ramón archivaba con anotaciones manuscritas, fotografías, recortes de prensa, etcétera. Alguna de estas páginas procedían de *Guerra en España* que, como se advertía en nota de la redacción, estaba proyectado como libro.

Dentro de la laberíntica obra del autor de *Platero y yo*, *Guerra en España* viene a completar el conocimiento de su prosa (el libro contiene, no obstante, un grupo de treinta poemas procedentes fundamentalmente de *En el otro costado*), que nos aparece mucho más rica, sobre todo en su dimensión crítica y estética, tras la publicación de la *Antología general en prosa* (1898-1954) llevada a cabo por Angel Crespo y Pilar Gómez Bedate (Madrid, Biblioteca Nueva, 1981) y de *Política poética* a cargo de Germán Bleiberg (Madrid, Alianza, 1982). En el caso de *Guerra en España* no creo exagerado decir que estamos ante un auténtico acontecimiento de las letras españolas, pues este impresionante libro, de carácter misceláneo, pone ante el lector unos materiales, datados entre 1936 y 1953, que no sólo explicitan la postura política del poeta, más compleja pero también más nítida que la de otros, sino que también reescriben su ideario estético y su posición ética, a la par que asistimos al continuado tejer y destejer intelectual de este andarín de su propia órbita. Y lo insólito de esta órbita, que se centra siempre sobre la guerra civil española y sus circunstancias y consecuencias, es lo heterogéneo del itinerario, pues hay en él desde originales en prosa y verso hasta fotografías y recortes de prensa, comentados al modo goyesco, pasando por documentos oficiales, correspondencia, entrevistas, desmentidos y datos nuevos sobre pasajes de la biografía del poeta, nada gratos y escandalosamente acusadores (el asunto del saqueo de su piso madrileño de la calle Padilla, por ejemplo).

---

<sup>1</sup> JIMÉNEZ, J. R.: *Guerra en España*. Barcelona, Seix Barral, 1985.

El incansable trabajador de las letras que fue Juan Ramón descubre, incluso para el sordo oído de algunos (no demasiado lejanas son las líneas dedicadas a glosar insidiosamente y equivocadamente su obra en una celebrada *Historia social de la literatura española*), que únicamente merece parangón en este concreto punto con el ataque que *Juventud* (28-III-1944) dirigía al poeta en estos términos: «Amante de la comodidad, de la molicie y del desinterés por las feas cosas materiales, Juan Ramón se pasea por la costa de California, estrenando los últimos modelos de automóviles salidos de las fábricas USA y escribiendo, de cuando en cuando, en tono disciplente, al cónsul general de la Poesía, como un príncipe aburrido puede escribir a sus amigos desde el extranjero.» (*G. E.*, pág. 267), que su compromiso, verdadero, necesario y suficiente, lo fue con la República Española, como lo prueban la dedicatoria del libro: «A la memoria de Manuel Azaña, Julián Besteiro y Cipriano Rivas Cherif, con mi agradecimiento por ideas y acciones. A Juan Guerrero Ruiz» (*G. E.*, pág. 20) o diferentes pasajes en los que el gran poeta andaluz rinde admiración a Fernando de los Ríos, Besteiro y Azaña, o indica su sentido de la verdadera lealtad a la República (La Habana, 17-III-1937), «Yo he sido siempre libremente leal a la democracia y a mí mismo, y respeto, hoy como siempre, *toda* verdadera lealtad» (*G. E.*, pág. 153). Lealtad sincera que Juan Ramón entiende desde una tradición intelectual y política a la que se adscribe explícitamente en una entrevista de la primavera de 1937: «La lección de los grandes hombres de la España de la primera República, los precursores de esta República democrática, Julián Sanz del Río, Francisco Giner, Estanislao Figueras, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Francisco Pi y Margall, Luis Simarro, Manuel Bartolomé Cossío, etcétera, a muchos de los cuales tuve el honor de conocer y tratar, fue, y esto nadie puede negarlo, de dignidad, de honradez, de rectitud. Pues muchos de los políticos, científicos, literatos, artistas de la República actual se han educado y han vivido bajo la influencia de aquellos hombres ejemplares y están impregnados de su espíritu.» (*G. E.*, pág. 165). Desde esta tradición y desde este espíritu difícilmente se podía estar contra el verdadero pueblo español, definido y calificado en diversos lugares de estas apasionadas páginas de *Guerra en España*.

Juan Ramón reivindica un concepto de pueblo que tiene íntima conexión con su quehacer gustoso. A lo largo de los materiales incluidos bajo el epígrafe *Desterrado* (*Diario poético*) y también ocasionalmente en la heterogénea segunda parte del libro, a la que Crespo ha otorgado el título de *Archivo*, Juan Ramón habla, con luz matizada siempre, de ese pueblo que encarna lo verdadero y lo espiritual de España: «Desgraciadamente para España, ni su ejército, con las naturales excepciones, significa la idea, ni su clero, con las suyas también, y yo conozco algunas, significa el espíritu. Tampoco lo significan ciertos ramplones y farsantes bien conocidos de la extrema izquierda, desgraciadamente. (...) El espíritu, la idealidad verdadera de España, no está, en general, en la llamada aristocracia ni en la generalidad de la llamada burguesía; está en sus mejores filósofos, poetas, artistas, pedagogos, etcétera, y sobre todo, como en la fuente, en su gran pueblo.» (*G. E.*, pág. 166). Un pueblo del que el poeta —al modo del idealismo romántico— se siente expresión enamorada: «Y hoy más que nunca, testigo palpitante de su vida y su muerte, estoy convencido de que el pueblo es la mejor parte, la semilla pura y la verdadera esperanza de España» (*G. E.*, pág. 53).

Un pueblo que, a la manera del *En torno al casticismo* unamuniano, es entendido como dimensión singular y universal, como sentimiento propio y radicalmente intrahistórico y cosmopolita de la esencia de España: «Yo soy un enamorado de mi pueblo, del pueblo universal, de sus costumbres, su arte, su eficacia» (*G. E.*, pág. 43).

En paralelo con este acto de fe en el pueblo y de adhesión a la causa republicana, *Guerra en España* brinda nuevos datos sobre la ética estética del poeta. Desasido ya de su inicial querencia por los lugares del neorromanticismo becqueriano, del simbolismo modernista y del decadentismo barroco, el poeta de Moguer, que había atisbado en *Estío* y *Sonetos espirituales* y consolidado en el *Diario*, *Eternidades* y libros afines su nueva poesía, su poesía desnuda, y su peculiar visión del mundo que busca captar lo hondo, lo permanente, bajo las apariencias, vestidos o cuerpos enjoyados, ha alcanzado el centro de sí mismo y desde él acierta a ver las cosas libres de las relaciones que tiempo e historia les han ido adicionando. Desde *Su sitio fiel* —como reza el poema que vio por primera vez la luz en *Hojas* e incluido después en ese excepcional poemario que es *La estación total* (1949)— y sin ausentarse de la vibración histórica, dolorosa en lo común, y agria y escandalosa en lo que atañe al poeta (hay que recordar el delictivo y ratero saqueo de su casa madrileña), Juan Ramón decide —y la confesión proviene de las «Notas» que acompañan a la primera edición de *Animal de fondo* (1949)— fundir íntimamente poesía y existencia. De esa fusión da información este libro, no sólo porque incluye la ya conocida conferencia *Política poética* o fragmentos del también conocido libro *Crítica paralela* —que están aquí como el mismo Juan Ramón reconocía porque la unidad de *Guerra en España* lo reclama— sino también porque su *Diario poético* hace alusión a ella en numerosas ocasiones.

De este modo, y no confundiendo (algunos, muy relevantes, lo confundieron en difundidas antologías de nuestra poesía de posguerra) obra poética y circunstancia coyuntural («Yo no creo que el poeta deba nunca acomodar su poesía a las circunstancias», *G. E.*, pág. 33) insiste en que su apartamiento y su soledad sonora (no la estúpida «torre de marfil» de la que tanto y sin documentar se ha escrito) están aprendidas en la cotidianidad de la única aristocracia verdadera y posible, la del «hombre del campo, del carpintero, del albañil, del talabartero, del encalador, del herrero, que trabajaban solos casi siempre en lo suyo, con el cuerpo en el alma» (*G. E.*, pág. 35). E insiste también en permanecer libre, amorosamente libre, frente a «los otros, los que se amoldan a lo que ocurre, o los que se balancean, lamentables y equilibristas, entre lo que ha ocurrido, lo que ocurre y lo que puede ocurrir, los que dejan acaso una piedra eterna por una arena movediza» (*G. E.*, pág. 45). Así, y en este tono unamuniano, combate —su obra en sucesión es también un combate— por una poesía perenne, por un poeta hacedor de lo eterno y de la Belleza, frente a los que olvidan «que el espacio es más hondo que la costra, que no somos hijos de la tierra solo, sino del universo; que nuestra ansia de poetas es nuestro verdadero centro, de nuestra completa integración, de nuestra metamorfoseada conciencia, de nuestra secreta vida inmortal» (*G. E.*, pág. 45).

Desde esta, irritante para muchos, poética, el excepcional nombrador de Moguer afirma, en primer lugar, que lo radicalmente sentido como individual es lo universal (y así se lo recuerda en emocionante carta (III-1946) a Carmen Laforet a propósito de

la publicación de *Nada*); en segundo lugar, él, tan excepcional crítico, señala que la crítica debe ser honrada y honesta y, sobre todo, inteligente, y este es el elogio que hace de Antonio Vilanova, que había acogido su libro *Animal de fondo* con lucidez y penetración en un trabajo de *Destino* (verano de 1951), en el que señalaba, por primera vez en la crítica juanramoniana, el sentido exacto del dios deseado y deseante; y, en tercer término, abrazador de los anteriores, su postulación de la Belleza —a la que dedica un breve apunte leído en el conservatorio Bach, de La Habana, en enero de 1938— entendida desde su óptica de creador y crítico como «medio sucesivo (pasado, presente y porvenir)» (*G. E.*, pág. 186) y como «el único todo verdadero» (*G. E.*, pág. 186), en coherencia absoluta con lo expresado en los poemas de *La Estación total*, *En el otro costado* o *Dios deseado y deseante* en los que propugna una belleza identificada con la divinidad, aún más, una belleza en que poeta y palabra se confunden en un pleamar altísimo e inmenso. Postulación de la belleza —y Juan Ramón no olvida citar a Shelley— que concede felicidad y plenitud, sobre todo para aquellos que la descubren por sí mismos, como el propio poeta escribe en coloquio con el Dios conseguido:

«Presente estás en mar ardiente en movimiento;  
y todas las bellezas del presente  
me las das con tus ojos,  
que pasan a mis manos  
la plenitud serena universal.»<sup>2</sup>

En el frondoso bosque que es esta obra maestra juanromaniana se acumulan los temas, los arrebatos, las amonestaciones, las confidencias... Mas, por ella circula un motivo recurrente, apasionante en la modernidad de nuestro siglo, y de alta simbiosis de política y poética: es el tema del progreso y sus límites. Al menos en dos ocasiones a lo largo de *Guerra en España* Juan Ramón fija su mirada en él. La primera con motivo de sus notas a «Límite del progreso», conferencia que leyó por primera vez en La Habana, en agosto de 1937<sup>3</sup>; la segunda es una breve anotación, estrictamente contemporánea del texto anterior y titulada «El hombre inmune». Ambas nos dan la pauta de la debida proporción con la que el moguerense miraba la ciudad, New York, que tanto le había fascinado en aquel 1916. Ahora, a la luz del sol gris de septiembre de 1936, aquellos oasis de posible vida mayor se le han convertido —se han convertido— en lugares «encarcelados, descendidos, hundidos entre recta piedra más sucia, doble hierro más frío, ralo verdor más artificial» (*G. E.*, pág. 127); ahora todo el inmenso universo cúbico le parece desproporcionado, máquina prisionera sin proporción, babel de la melancolía progresista, y sus reflexiones neoyorkinas se tornan

<sup>2</sup> JIMÉNEZ, J. R.: «El olear del mediodía canta». *Dios deseado y deseante*. Cito por *Poesías últimas escogidas (1918-1958)* (ed., prólogo y notas de A. Sánchez Romeralo). Madrid, Espasa-Calpe, 1982, pág. 361.

<sup>3</sup> Puede leerse en JIMÉNEZ, R. J.: *El andarín de su órbita* (ed., introducción y notas de F. Garfias). Madrid, Magisterio Español, 1974, págs. 173-203. El «Saludo» que el poeta redactó para ir al frente de la misma, en 1948, durante su viaje a la Argentina, puede leerse en JIMÉNEZ, J. R.: *Política poética* (ed. Germán Bleiberg). Madrid, Alianza, 1982, págs. 469-73.

severas y teñidas de la angustia moderna del hombre frente a la gran ciudad, porque vivir como en New York es morir: «El hombre, la naturaleza y sus vidas deben guardar su armonía natural. Nunca ha debido trocarse esa armonía» (*G. E.*, pág. 131). Tomando a New York como símbolo del progreso ingenioso (tal es el término utilizado por Juan Ramón), el poeta medita sobre las sintéticas máquinas monstruosas de lo inútil moderno, y propone como alternativa a este mundo desmedido el profundo cultivo interior del hombre, porque «el verdadero hombre, es decir, el trabajador verdadero, material o intelectual, no podrá nunca soportar dictaduras de castillo ni de plaza, cadena de oro ni de hierro, en lo vocativo» (*G. E.*, pág. 181). Y tras estas reflexiones, una última luz que afirma el estado justo y efectivo del progreso en la posibilidad de convertir a cada uno de los hombres en un aristócrata, no de la falsa y tradicional aristocracia, sino de la única verdadera y posible, la de los sencillos seres de alto y esmerado cultivo interior, al ejemplo de don Francisco Giner —«En todo era todo en él: niño con el niño, mujer con la mujer, hombre como cada hombre: el joven, el enfermo, el listo, el peor, el sano, el viejo, el inocente; y árbol en el paisaje, pájaro y flor, y, más que nada, luz, graciosa luz, luz» (*G. E.*, pág. 172)— o de Rosalía de Castro, tan admirada desde su juventud moguerense y sevillana —«Rosalía anda loca con su ritmo interior, fusión de lluvia llanto, de campana corazón» (*G. E.*, pág. 174).

Repito que son riquísimas las páginas de este libro, que sin quererlo demasiado, debe convertirse en acontecimiento literario de primera magnitud. Por ellas anda el andarín de su órbita con valentía, fidelidad, lealtad y decencia; por ellas airea una brisa eterna y ejemplar de un poeta que quiso gozar de larga luz y lo consiguió, no alzando voces de guerra o lamentos de ocasión desde la poesía de oficio, sino trabajando con la profunda, callada, verdadera palabra:

*«única flor que no se dobla,  
única luz que no se extingue,  
única ola sin fracaso.»*<sup>4</sup>

y teniendo en esos largos años que van desde 1936 a 1953 un punto de mira fijo: la dolorosa contienda de nuestra guerra civil, de nuestro fracaso, que obsesionó en lo profundo a un poeta capaz de escribir en medio del mar humano —no el elemental y eterno de su *Diario*— y en el otoño de 1936: «Ni un alma por el mar. Todo el mundo está sin duda en España» (*G. E.*, pág. 37); de un poeta que siempre, río arriba, caminaba hacia su fuente: «España, Andalucía, ¡cómo estará sonando ahora la voz de tus Marías, María de Montemayor, María del Carmen, María del Pilar, María de los Dolores, María del Rocío, María de la Esperanza, junto al agua corriente por el campo propio!» (*G. E.*, pág. 64).

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ  
*Departamento de Literatura Española,  
Universidad de BARCELONA*

---

<sup>4</sup> JIMÉNEZ, J. R.: «Poeta y palabra». *La Estación total con las canciones de la nueva luz*. Cito por *Poemas últimas escogidas*, ob. cit., pág. 212.